

Desde la lejana Kiev, un llamado de atención

“La persuasión viene de las opiniones y no de la verdad”.

Platón. Phaedrus 260

En éste, nuestro cuarto número, al cumplir un año de labor tenemos el gusto de incluir un artículo de Norman Podhoretz quien, por años, fuera el editor de la revista “Commentary”, del American Jewish Committee.

Hoy, Podhoretz ha sido reemplazado en “Commentary” por Neal Kozodoy, pero continúa (como editor honorario) muy activo en su larga costumbre de escribir y de hablar claro.

Su trabajo nos anima a seguir aportando algunas reflexiones, en paralelo, sobre lo que está ocurriendo en el cada vez más devaluado mundo de la política argentina.

En los últimos años -a estar a lo que sugieren las encuestas de opinión- hemos asistido a una peligrosa corrosión de la confianza pública en la democracia y en sus actores. No solo en nuestro país, también en la región. Lo que, pese a su enorme gravedad, no parece haber alentado a demasiados a buscar cuales pueden ser las razones de lo ocurrido.

Desde el mundo de la política en particular, nadie ha intentado seriamente buscar -en una autocrítica que no llega- el porqué de lo que nos sucede.

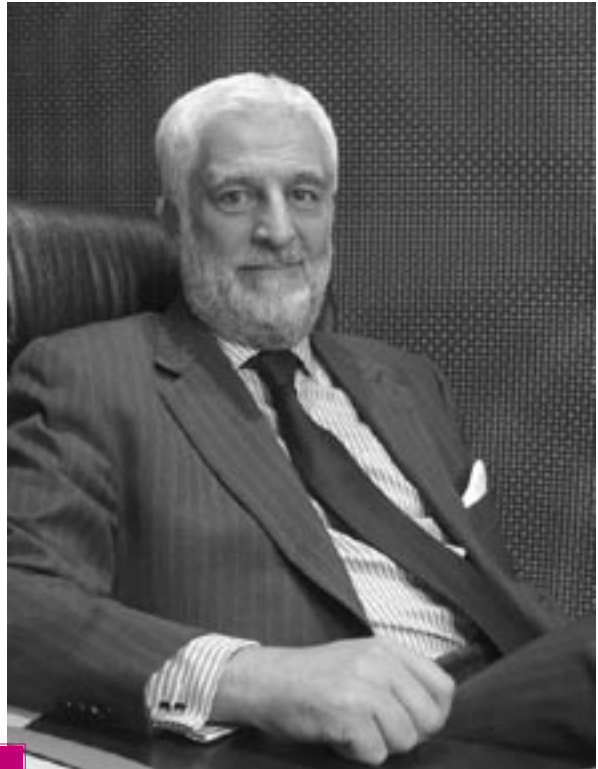
A pesar del reiterado grito atronador “que se vayan todos”, que estalla automáticamente desde la sociedad ante cualquier angustia o la ocurrencia de un suceso catastrófico.

Como parte de la responsabilidad en esto es también de la sociedad civil, quizás sea el momento de intentar -desde ella- hacer algún aporte.

Dos “formas” de hacer política

Hay, generalizando, por lo menos dos formas muy distintas de hacer política.

Una primera -la tradicional- que privilegia la verdad y se edifica sobre un código de conducta compartido, con pautas morales conocidas, tales como el respeto, la honestidad, la dignidad, la probidad, la sinceridad, la fidelidad a la palabra empeñada, o la lealtad. Para esta forma, en síntesis, no hay política sin ética.



Es obvio que, lentamente, esa forma ha ido siendo desplazada por prácticas que derivaron en otra visión de la política. Totalmente distinta.

En una segunda forma de hacer política, entonces, que es la antítesis de la primera, porque está ubicada en las antípodas de lo moral. No es ciertamente sorprendente. Desde Maquiavelo muchos predicaron la conveniencia de separar la política de la moral, privilegiando en cambio -a la manera del Cardenal Mazzarino- la simulación y la mentira.

Esta segunda forma de hacer política ha sido bautizada, gráficamente, por un pensador francés contemporáneo, R.G. Schwartenberger, como la “política mentirosa”.

En ella todo es impostura; comercio de ilusiones; seducción; y, peor, hasta mentira abierta. Palabras e imágenes se combinan constantemente entonces con un solo objetivo central, el de seducir al gran público. Y, si para ello fuere necesario, engañarlo.

La “política mentirosa”

Describamos entonces, con mas detalle, como luce esta segunda y “moderna”, por “progresista” modalidad. Es relativamente fácil.

En ella la imagen reemplaza a las ideas. El perfil personal de los dirigentes es claramente más importante que sus proyectos. Se atribuye así curiosamente más importancia a las personas que a sus propuestas. Se privilegia entonces al estilo por sobre la sustancia. Todo es estereotipo, en forma de ideas cortas y repetidas hasta el cansancio. Sin mayor debate. Sin “seriedad”.

Los actores de la política conforman una especie de galería de retratos falsos. O una panoplia de apariencias, donde el doble discurso es moneda corriente. Y se animan a actuar con una agresividad que hasta parece no tener jamás escrúpulos. Como si quisieran fascinar por la vía del abuso, algunas veces siembran falsas promesas y otras se visten con ropas ajenas, sin el menor empacho. Todo vale para simular el éxito. Y hasta dividir, separar y enfrentar a diversos sectores de la sociedad, estimulando una “lucha” demasiado conocida y fraticida. Transforman entonces al Estado en un espectáculo permanente de “tele-populismo”. Para ello con frecuencia se acollaran a los medios, de mil maneras.

La prensa, en este escenario, deja a veces de ser lo que debe: un anti-poder. Renuncia, en consecuencia a ser fuerza de equilibrio. Prescinde de su capacidad de actuar como contrapeso, para transformarse en vehículo de influencia. Su actitud es de marcada complacencia, cuando no de connivencia.

No es extraño que, en este marco tan particular, la actitud de ponderación del poder devenga una constante y que hasta crezcan los olvidos u omisiones voluntarias.

Quienes circunstancialmente detentan el poder se dedican, primordialmente, a tratar de fascinar con la propaganda; a seducir con la comunicación; y a divertir con un espectáculo siempre cambiante. A la manera de Calígula. Así, desde las esferas mas altas se polariza, enfrenta, denigra, se demoniza, y se difama. Los adversarios se pintan y despintan alternativamente, por encargo.

Con sus acciones muchos dirigentes del mundo de la política confirman aquello del diabólico Goebbels -el verdadero creador del “estado-espectáculo”- cuando decía: “la pro-

paganda no tiene nada que ver con la verdad”. Y también aquello de Mussolini cuando hacía pintar en las paredes de las ciudades italianas: “El líder siempre tiene razón”. Es quizás cruel, pero oportuno, recordar estas dos frases.

Construyen entonces una democracia distinta, por cosmética y virtual. Con imágenes y promesas hechas a medida. Como si la vida pública fuera tan solo un interminable juego de artificio o una larga novela.

La necesidad de cambiar

Es la “política mentirosa”, precisamente, la que conduce a que muchos ciudadanos de valía decidan dar la espalda a lo político. Desinteresarse, entonces. Como si todo lo político fuera ajeno. O peor, irrescatable.

De esta manera se pierde, poco a poco, el sentido cívico. Porque muchos, cansados de las manipulaciones y acostumbrados a ver despedazarse demasiadas ilusiones, se sienten abusados. Profundamente descreídos, en dos palabras.

Reconciliar la vida pública con la verdad es una tarea urgente. Porque supone nada menos que animarse a recuperar la dignidad. Y empezar a edificar auténtica confianza social. Es asimismo devolver a la gente el interés -hoy extraviado- por la cosa pública. Reincorporarla al debate, permitiéndole soñar sin temor a ser defraudada.

Es decidirse a volver al plano de las ideas y abandonar el juego de las imágenes, casi siempre artificiales y fabricadas. Constantemente exageradas y deformadas por gritos que vienen desde calles que no son ya de todos, porque han sido “tomadas” por algunos.

Es, en rigor, mucho más: es animarse a despersonalizar el poder y comenzar a evaluar programas, propuestas y conductas. También resultados. En lugar de apariencias. Es saber y querer escuchar y animarse a tolerar. Es respetar, entonces, lo que es elemental para poder convivir.

Lo cierto es que sin verdad no hay mañana.

Tampoco en política, donde -ausente la verdad- todo parece un peligroso juego de azar, en el que algunos aciertan y otros se equivocan. Con la “política mentirosa”, el futuro se dibuja cual gigantesco “trompe l’oeil”. Y sabemos que no lo es, porque al final siempre -en el tiempo- la realidad se impone y los costos se pagan. La pérdida de importancia relativa de nuestro país a partir de 1945, que es inocultable, evidencia el fracaso de nuestra política ■

LA DIRECCIÓN